- **¿Los que van a Misa los domingos son mejores personas que aquellos que no asisten? Para ser buena persona, ¿es necesario ir a Misa?**

Quienes van a Misa los domingos no son necesariamente mejores personas que aquellos que no van, del mismo modo que quienes no asisten son, por ello, mejores seres humanos que los que sí lo hacen. Ser una persona buena y ejemplar no depende solo de la asistencia a Misa. Por supuesto que el ir ayudará (a aquél que se disponga de buen modo) pero la sola presencia física no basta.

Sin embargo, muchas personas que no asisten (y que no lo hacen no por un impedimento grave) a menudo se justifican con un argumento que, en parte, es verdad. Pero que, en parte, es también mentira. El argumento reza así: - "La mayoría de los que van a Misa son hipócritas porque en la vida que llevan durante la semana dejan mucho que desear: mienten, estafan, engañan, son criticones o les gusta el reconocimiento social. Evidentemente, la Misa no ayuda a ser mejor cristiano. Por eso, es mejor no ir sino rezar privadamente ". ¿Qué hay de verdad en esta frase?

La parte de verdad que tiene esa postura es la lamentable existencia de la hipocresía entre los fieles católicos. No todos, claro, pero sí algunos. También hay que puntualizar que la hipocresía no existe solo dentro de la Iglesia sino también fuera, en la sociedad civil: y hasta es probable que haya más fuera que dentro de la Iglesia. ¿O acaso no vemos también hipocresía en la vida de algunos políticos, en la vida empresarial, en ámbitos laborales, conyugales y familiares?, ¿o hipocresía en gente de otra religión o en personas sin religión alguna? En mi opinión, la hipocresía o incoherencia manifiesta y defendida es una actitud que no toca solo a los católicos practicantes sino a todos; es algo que está (como tendencia) en el corazón mezquino de cada ser humano. Cada uno de nosotros debe luchar contra la tendencia hacia la incoherencia deliberada y voluntaria. Y hasta me animaría a decir que es poco creíble aquel que diga que no ha sido, o no es, en algún grado hipócrita. O que no debe lidiar contra una conducta que va en la dirección contraria a sus palabras. Por eso, la tentación de hipocresía es algo que afecta a todas las personas y no solo a los católicos de Misa dominical.

Por otra parte, el usar como argumento para no asistir a Misa la mala vida de otra persona tiene, sin duda, mucho de hipocresía o fariseísmo. Quizás no sea del todo deliberado y consciente, pero ciertamente es hipocresía. ¿Por qué digo esto?, ¿en qué me baso? Me baso en los evangelios. Efectivamente, Jesús dice reiteradas veces que los fariseos hipócritas están más pendientes de la vida ajena que de la propia y, además, remarca que ellos son muy propensos a juzgar las malas actitudes de terceros y poco inclinados a juzgar las malas acciones propias. Más atentos –dice Jesús- a querer "quitar la paja en el ojo del hermano" cuando, en realidad, hay una "viga en el propio ojo" (cf. Mt 7, 1-5; 6, 1-4; Lc 18, 9-14). No digo con esto que no existan casos de hipocresía dentro de la Iglesia. Existen, duelen y son repudiables. Pero también me pregunto: ¿hay alguien facultado para juzgar al hermano y, al mismo tiempo, ser él mismo inmune de que otro lo juzgue a él?; ¿cómo lograr saber si la persona mala que asiste a Misa no está, ella misma y sin que nadie se percate, intentando salir de su pecado o intentando ser menos mala de lo que es? Quizás sí lo está intentando pero nosotros no lo sabemos. Y no lo sabemos porque no conocemos la intención de la persona "supuestamente" mala. 'De internis non iudicat Ecclesia', dice un aforismo moral de la Iglesia; lo que significa que "la Iglesia no juzga el interior de las personas". Si la Iglesia no juzga el interior (la conciencia, las intenciones, el corazón de cada quien) menos deberíamos hacerlo nosotros si tenemos en cuenta que contamos con menos experiencia, menos sabiduría y menos santidad que la institución eclesial. Exceptuando que se digan, confiesen o expliciten, las intenciones ajenas no las podemos conocer. Por eso, repito, no debemos descartar que una persona que en apariencia o según nuestro ojo es mala o hipócrita esté intentando salir de ese estado de maldad y que, para lograrlo, busque ayuda en Dios, en la Iglesia, en la Misa, en los sacramentos.

Con lo dicho no quiero "sacarme el lazo", esquivar o minimizar las criticas que, quienes no practican, dirigen hacia quienes sí lo hacen. Es verdad que existen los malos ejemplos. Pero también hay que aclarar que quienes practicamos la fe y celebramos los sacramentos lo hacemos no porque ello sea un 'plus' a nuestra vida cristiana, un accesorio, un adorno, un lujo, algo innecesario. Lo hacemos, justamente, por el motivo contrario: porque tenemos necesidad de ser mejores, de cambiar, de tener más gracia. La misma necesidad que tiene un enfermo de recibir su medicina. Los católicos practicantes somos todo lo opuesto a una élite moral, razón por la cual nuestras flaquezas, debilidades, incoherencias, están a la orden del día. Y no nos jactamos de eso sino que lo padecemos. También lo dijo Jesús, cuando afirmó que él vino a buscar o salvar no a los sanos sino a los enfermos (cf. Mt 9, 12-14). Lo que significa que no somos santos porque vamos a Misa sino que vamos a Misa para tratar de ser santos.

El asistir a Misa no te hace 'ipso facto' mejor persona en comparación que aquél que no asiste ya que, además de ir, es necesario hacerlo con un deseo sincero de recibir los frutos espirituales de la Misa; lo cual supone un deseo de cambio,

de conversión, de arrepentimiento, de perdón. Sin estas actitudes, la Misa tiene poco o nada de efecto. Pero la aparentemente falta de eficacia en algunas personas no significa que la Misa sea, de suyo, innecesaria o poco provechosa y que, en consecuencia, no sea importante asistir o dé lo mismo rezar en casa privadamente que hacerlo comunitariamente y en el ámbito del sacramento. Quien va a Misa tiene objetivamente más posibilidades de crecer espiritualmente (y, por tanto, de ser mejor persona) que aquél que –pudiendo hacerlo- no lo hace; del mismo modo que quien va al médico tienen más chances objetivas de curarse con respecto a aquél que no va. Tener más posibilidades no quiere decir que la eficacia sea absoluta e infalible ya que en ambos casos (la fe y la curación médica) la mejoría dependerá también de otros factores. Pero, ciertamente, quien practica o ejerce tendrá más elementos, más herramientas, más ayudas para poderse sanar.

Tampoco es honesto juzgar de innecesaria la Misa o relativizar su importancia por el hecho de que algunos de los asistentes son de dudosa reputación. Si una persona enferma va al médico pero luego no sigue las prescripciones del mismo ello no invalida la importancia que tiene el médico y la medicina para la salud de las personas. Y muy mal haríamos nosotros si, al ver que un paciente desobedece a las órdenes del doctor quitásemos legitimidad o seriedad a los doctores y a la ciencia médica. No podemos juzgar la necesidad de algo tan importante como la medicina en base a la mala conducta de algunos de sus pacientes; y ni siquiera a la inmoralidad de algunos de sus profesionales. Hay médicos abortistas, ¿y por ello concluimos que la medicina es mala? Existen médicos que solo atienden a los enfermos cuando hay costosas obras sociales de por medio, ¿y vamos por eso a concluir que la medicina va estrechamente unida al materialismo o la avaricia? La fe (y con ella los sacramentos, la oración y vida comunitaria, la Palabra de Dios escuchada y explicada, etc.), lo mismo que la medicina, son mucho más importantes que aquellos que la practican o administran.

Quizás tendríamos que fijarnos bien si, en esa justificación más atenta a 'la paja del ojo ajeno que a la viga del propio ojo' (Mt 7, 1-5) y "supuestamente" lógica para no practicar los sacramentos no existe, en el fondo, una toma de posición firme, deliberada y voluntaria de cerrar filas contra todo tipo de preceptos que exijan humildad, subordinación, escucha, obediencia a Dios y a sus representantes. Vale entonces la pregunta: ¿el problema radica en aquellos "católicos hipócritas y chupacirios" que, como dice el refrán, 'tragan santos y defecan diablos' o bien el problema lo tiene aquella otra persona que, con tal de no modificar su vida, con tal de no salir de su comodidad, de no perdonar, de no dar el brazo a torcer, de no ofrecer de lo suyo o de no cumplir los mandamientos necesita, como justificación, detenerse en las miserias ajenas?; ¿dónde está el verdadero problema?; ¿quién es, realmente, el sujeto más problemático? Al respecto, considero que nos vendría bien a todos y cada uno un sincero examen de la propia conciencia a la luz de las palabras de Cristo: 'Quien no tenga pecado, que tire la primera piedra' (Jn 8, 7). O aquellas otras del apóstol san Pablo: 'Que cada uno juzgue su propia conciencia' (Rm 14, 5).

Tampoco creo que quienes vamos a Misa o practicamos la fe seamos, en su mayoría, malas personas; o al menos no peores de la media de los mortales. Casos aislados de malos ejemplos los hay, sí, pero no me parece que éstos constituyan la regla general. Más bien ocurre al contrario. Me parece a mí que, como ley general, el materialismo, la avaricia, los apegos, el egoísmo se visualiza con más facilidad fuera de la Iglesia que dentro. Lo que digo no se basa en encuestas o estadísticas sino en un hecho que es poco menos que extraño o llamativo. ¿Cuál hecho? El escritor español Alfonso Aguiló nos hace notar un hecho que, por lo general, es por nosotros poco advertido en relación con el tema planteado. Y es que muchas veces los mendigos o gente más pobre piden limosna en las puertas de los templos católicos. ¿Por qué será? Ellos no van a pedir limosna a la puerta de un bingo, o de un casino, o de un hipódromo en donde, al haber más dinero, habría –en principio- más chance de recibir ayuda. Además es cuantitativamente mayor la gente que circula en esos sitios, con lo cual aumentaría –en principio- la posibilidad de ganar limosna. Tampoco los pobres se ubican a pedir en la puerta del comité de un partido político, ni de un sindicato, ni de un salón de fiesta, ni de un banco, lugares todos estos en donde hay mucha gente y circula bastante dinero. ¿Notaron eso? ¿Por qué los pobres suelen ir a las iglesias a pedir? Si ellos van es porque allí encuentran alguna respuesta y colaboración, evidentemente. Son pobres pero no son tontos. En efecto, la existencia de algunas personas hipócritas dentro de la Iglesia no quita que también, en la misma Iglesia, nos encontremos (y probablemente en mayor número que en la sociedad civil) con personas sensibles a la necesidad del prójimo.

P. Gabino Tabossi (Diciembre 2017)